

LA PRIMERA VEZ
QUE NO TE QUIERO
Lola López Mondéjar

Nuevos Tiempos **Siruela**



Índice

LA PRIMERA VEZ QUE NO TE QUIERO

Epílogo prestado

Agradecimientos

Traducción de canciones citadas

Créditos

LA PRIMERA VEZ QUE NO TE QUIERO

A Patricio

Gatsby creía en la luz verde, el orgiástico futuro que, año tras año, aparece ante nosotros... Nos esquivo, pero no importa; mañana correremos más deprisa, abriremos los brazos, y... un buen día...

Y así vamos adelante, botes que reman contra la corriente, incesantemente arrastrados hacia el pasado.

F. Scott Fitzgerald, *El gran Gatsby*

¿Qué son las esperanzas frustradas sino ocasiones para nuevos intentos?

Peter Sloterdijk, *Esferas I (Burbujas)*

Es decir,
yo ya no espero nada.
Y me da risa porque
no es la primera vez que no espero nada.
Tampoco es la primera vez que me río.
Ni la primera vez que me río sin alegría.
Ni la primera vez que estoy borracho
tarareando *Arrivederci Roma*.
Ni la primera vez que te quiero.

Pero es la primera vez que no te quiero.

Javier Marín Ceballos, «Leggero Dolore»,
Bufes, vida mía (1985)

Cuando tenía dos meses de edad, mi madre intentó ahogarme mientras me bañaba. Recuerdo su rostro ausente por encima del agua, sus ojos extraviados, mudos. Creo que no sabía lo que estaba haciendo. Entre el rostro de mi madre y el mío, apenas una pantalla de agua jabonosa de pocos centímetros, azul turquesa, como las paredes de la bañera de plástico que ella colocaba encima de la mesa de la cocina para que le fuese más cómodo.

A veces me veo a través de sus ojos: mi cara redonda de bebé, gordezuela, mi cabeza calva, abiertos los míos, despavoridos, explorando el rostro de la mujer que me sostiene con su brazo por debajo de la nuca y que parece haberse olvidado por completo de mí. El agua distorsiona mis rasgos, desdibujados por las refracciones de la luz que entra por la ventana, pero no me cabe duda de que ese bebé soy yo, y de que ella es mi madre, abandonada a un impulso siniestro, extravagante y mortal.

La repentina llegada de mi tía fue milagrosa; disponía de las llaves de la casa, y cuando llegó hasta donde mi madre me estaba matando gritó asustada:

—¿Pero qué haces?

Y su hermana reaccionó. Mi tía me sacó desmayada del agua, me colocó cabeza abajo, como había visto hacer tantas veces a la comadrona a la que acompañaba en los partos, y me golpeó con todas sus fuerzas en la espalda para reanimarme. Yo estaba completamente roja. Al trastorno causado por la falta de oxígeno se le llama anoxia. Los golpes de mi tía me ayudaron a respirar. Vacíé el agua de mis pulmones inundados con un llanto estridente que salió a borbotones por mi boquita deformada, y volví a la vida.

Desde entonces me ha costado demasiado esfuerzo vivir. Desde entonces he sufrido de anoxia.

Mientras, mi madre miraba sonámbula por la ventana, ajena a los esfuerzos de su hermana.

No se lo contaron a nadie. A fin de cuentas solo había sido un infanticidio malogrado. Pero, a partir de entonces, mi tía vigiló muy de cerca mi crecimiento, y mi madre no volvió a mirarme directamente a los ojos. Creo que la culpa la mortificaba. Se hizo en extremo religiosa.

El Señor Oscuro decía que nosotros éramos como Sartre y Simone de Beauvoir. Eso decía. Lo que significaba que podíamos acostarnos con quien nos diese la gana sin que nuestra pareja sufriera ningún daño. Yo le creía. Negaba mis propios sentimientos para creerle.

El Señor Oscuro era un gran seductor. En su célula maoísta tenía fama de severo; a la menor diferencia de criterio expulsaba a los disidentes en la mejor tradición de las purgas estalinistas. Yo le creía.

El Señor Oscuro se enamoró un día de una puta. Trabajaba de camarero en un bar de alterne porque era un gran revolucionario, y aunque su papá le financiaba la universidad con su sueldo de funcionario público, él necesitaba dinero de bolsillo para tabaco y copas.

El Señor Oscuro llegaba de madrugada, yo dormía en su cama a ras del suelo, con el camisón de seda enrollado en la cintura, y me introducía su pene oscuro por detrás, sin hablarme, sin decirme siquiera que me quería. Luego sí me hablaba largo y tendido sobre su puta. La puta era esto y aquello. Tenía una hija de tres años, era toda una mujer. El Señor Oscuro quería salvar a su puta de su destino aciago. Yo quería ser puta como ella, para que el Señor Oscuro les hablase a otros con el mismo entusiasmo sobre mí.

Mientras tanto, en aquellas madrugadas yo no era nadie; solo un dolor agudo oprimiéndome el cerebro y las entrañas. El Señor Oscuro me decía para consolarme:

–Patuchas, no pasa nada, te quiero solo a ti. Somos como Sartre y Simone de Beauvoir.

Entonces yo cogía mi dolor agudo y lo amordazaba, lo escondía en algún lugar desconocido de mí misma, y le sonreía.

Cuando él se marchaba, el dolor agudo volvía intacto, solo para mí.

Una noche, mientras regresaba satisfecha a casa después de haber asistido a un curso intensivo de pintura, lo recordé. En aquella ocasión había pintado un lago, un espejo brillante que reflejaba desde su interior la imagen del bosque otoñal que lo rodeaba. Al otro lado de las ventanillas de mi coche la llanura se extendía homogénea, intuida apenas a través de la oscuridad de la noche. Hacía frío y era feliz. Mientras conducía me gustaba imaginar que vivía miles de vidas distintas. Aquel día era una intrépida antropóloga que investigaba las tradiciones orales de los bosquimanos del Kalahari, sus leyendas sobre la creación del universo, sobre el origen del sol y de los hombres. Hacia la mitad del camino detuve el coche para echar gasolina, tomarme un café y llamar a mi madre para indicarle la hora aproximada de mi llegada. Pero cuando oí su voz, siempre tristísima por más que ella se esforzase en demostrar lo contrario, sentí que todas mis vidas imaginadas se evaporaban en un instante. Colgué en cuanto pude, y apenas tuve fuerzas para volver hasta el coche, dejarme caer en el asiento y reanudar la marcha.

En la carretera no había demasiado tráfico. Todo estaba exactamente igual que unos minutos antes, tranquilo y dispuesto a convertirse en un perfecto trampolín desde el que

volvería a lanzar mi imaginación hacia el desierto de Kalahari, pero algo había cambiado dentro de mí. Una melancolía infinita, original, arraigaba en lo más recóndito de mi alma. Un dolor innombrable, sin recuerdos ni causa aparente, me hizo desear la muerte. No me asusté, pues recordaba haber vivido otros momentos semejantes siempre que acariciaba la dicha, pero me propuse averiguar a toda costa de qué se trataba. Me prometí indagar, convertirme en investigadora y buscar la fuente de ese ritmo fatal y primigenio que vinculaba la alegría con la tristeza sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Entonces recordé el cuadro del lago. Tenía veintidós años.

En tiempos del Señor Oscuro yo vivía en una casa preciosa. La había amueblado de una sola vez, como se hacía entonces antes del matrimonio.

Tenía una bonita casa y un marido que me quería. Mi marido, antes de dormir, cogía la sábana superior de nuestra cama y fruncía el dobladillo en sucesivos pliegues hasta conseguir una especie de aguja de tela firme y alargada. Cuando consideraba que estaba perfecta, abría la boca, sacaba levemente por entre sus gruesos labios una lengua grande y rosada, y se acariciaba con aquella aguja de tela las aletas de la nariz. Arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo; entornaba los ojos en éxtasis y, finalmente, se dormía. Todas las sábanas superiores de nuestra cama tenían la huella de mil pliegues en la parte que correspondía a su lado. Era inútil plancharlas, era inútil insistir en hacer desaparecer aquellas señales, pues los pliegues volvían fieles a sí mismos, recuperando vagamente la forma que mi marido les imprimía antes de dormir. Dicen que los tejidos, al igual que las personas, tienen memoria.

Yo permanecía a su lado muda, incomprendida, alejada de ese paraíso infantil en el que él se introducía, observando cómo sus inocentes caricias le llevaban directamente al sueño y le alejaban poco a poco de mí.

Mi marido era alto y bueno, y me quería. Pero yo me enamoré locamente del Señor Oscuro, que era malo.

Así fue como, investigando sobre el agua del lago que había pintado, descubrí que mi madre quiso un día asesinarme. El agua de mi lago era tan azul como la de la bañera de plástico que fue su arma. Al llegar a casa le pregunté directamente si había pasado algo en mi infancia que estuviese relacionado con el agua, algo que pudiese explicar ese sentimiento de desamparo que me asaltaba siempre que me aproximaba a la dicha, pero ella –sin mirarme nunca a los ojos– me dijo que no recordaba nada, que no sabía, e hizo lo que hacía siempre que yo estaba presente: comenzó a quejarse de su vida. Lo hacía automáticamente, como si mi persona le convocase los pensamientos y las escenas más desesperanzadas. Por mi parte, cuando mi madre se quejaba, sentía que era la única culpable de su malestar. Me dijo que estaba muy agotada cuando nació, que sufría; pregúntale a la tía Luisa, añadió, como si mirase por la ventana de nuevo. Afirmó que tardé en nacer una semana, que los dolores le retorcían el cuerpo. Me contó que, por aquel entonces, mi padre la encerraba en casa y se llevaba consigo la llave porque tenía celos de ella, que era muy hermosa. Mi madre me enseñó sus muslos blancos y sin vello y me dijo:

–Mira qué muslos tan bonitos tengo todavía.

Pero no entendí qué era exactamente lo que quería que viese, y me alejé de su lado.

Fue mi tía Luisa quien me lo contó, pues pensó que ya tenía edad suficiente para saberlo sin demasiadas consecuencias; que, a fin de cuentas, había sobrevivido, y me lo tomaría de un modo menos dramático después de tanto tiempo.

Desde entonces no he parado de darle vueltas al asunto; es algo más fuerte que yo. Mi tía me explicó lo ocurrido a

su manera, y mientras lo hacía comprendí que aquel intento frustrado de asesinato era la verdadera causa de mis recurrentes asaltos de dolor oscuro. A partir de su revelación, el recuerdo se hizo más y más preciso, y los asaltos de dolor oscuro dejaron, por fin, de fustigarme.

Pero no fue del todo así.

Mi marido y yo estudiábamos en la universidad. Cada uno lo suyo. También trabajábamos, cada uno en lo suyo, para pagarnos las compras del sábado por la mañana, la luz, el agua, la calefacción y los libros. No necesitábamos mucho más. Mi marido y yo éramos en apariencia una pareja perfecta. Las parejas de amigos solteros venían a nuestra casa para acostarse juntos durante las interminables tardes de invierno, mientras nosotros estudiábamos o veíamos películas en el salón.

Cuando mis amigos entraban en el cuarto de invitados para hacer el amor les envidiaba, porque desde el mismo día de nuestra boda sentí que, en adelante, hacer el amor con mi marido se convertiría en algo muy distinto de lo que había sido hasta entonces. Y no me equivoqué.

Luego salían sonrojados, cómplices, con el secreto de su sexualidad intacto. Me hubiera gustado mirarles mientras hacían el amor para saber si sentían lo mismo que yo. Pero no me hubiesen dejado.

Mi padrino era un hombre autoritario. Tenía ocho hijas, ningún varón. Ejercía un poder absoluto sobre sus hermanas, las tres viudas, y sobre los cuatro hijos de estas. Uno de ellos era mi padre.

A mi padrino le encantaba colocarme delante del horno donde se cocía el pan, bajarme las braguitas y sacarme las lombrices por el ano con una aguja de ganchillo. Las atraía con el aceite tibio de un candil. Creo que recuerdo la sensación de los gusanos deslizándose por mi esfínter, y la cara

de mi padrino, agachado sobre mis nalgas, con expresión científica. A veces pienso que me trataban como si fuese un alimento.

A los pocos meses de casarnos, mi marido y yo nos compramos un Citroën dos caballos amarillo con el que íbamos juntos a la facultad. Yo sabía conducir tan bien como él, pero a su lado me sentía tan ignorante y gris como imaginaba que debía de sentirse mi madre junto a mi padre. Por eso siempre le dejaba conducir a él. Por eso, también, nada más casarnos, hacer el amor con mi marido se convirtió en algo completamente aburrido y distinto: porque cuando me casé me volví otra.

¿Cómo debe ser una mujer casada?, me pregunté, y la única respuesta que recayó sobre mí fue la imperiosa obligación de parecerme a mi madre: modelo de esposa perfecta, hacendosa y sumisa a la que nunca había querido imitar.

Nuestra vida matrimonial estaba llena de pequeños ritos. Los sábados por la mañana tocaba ir al mercado, limpiar mi preciosa casa y cocinar la comida que comeríamos, congelada y en sus respectivos tupperware, durante el resto de la semana. Mi marido era un hombre ordenado al que le gustaban las ceremonias. Por la tarde descansábamos.

Creo que cuando me casé intenté ser una perfecta ama de casa como mi madre, y me olvidé completamente de mí.

Mis padres no se divertían nunca; no iban al cine ni a ningún concierto, no salían de paseo ni invitaban a los amigos a cenar. Mis padres pasaban su tiempo libre viendo la tele-

visión o trabajando en otra cosa. Solo mi madre se entretenía pintando cuadros al óleo que mi padre criticaba, pues le parecía un despilfarro intolerable el innecesario gasto en pintura.

Siempre he luchado por quitarme de la carne la mezquina idea de la vida que tenía mi padre. Si en mi pasado solo hubieran existido ellos, creo que me habría vuelto completamente loca. Pero estaban los otros, y la vida se colaba por todas partes en la fría tumba que era mi hogar.

Afortunadamente para mí, por entonces no se cerraban nunca las puertas de las casas.

Al Señor Oscuro lo conocí en un grupo de estudio sobre marxismo y psicoanálisis. Éramos muchos, la mayoría estudiantes de primero de diferentes carreras a los que se sumaron un par de hippies argentinos que vendían joyas artesanales en los mercadillos y al por mayor. Quien coordinaba el grupo de estudio era un psicoanalista también argentino que había huido de la dictadura del general Videla. Reverenciábamos a aquel hombre bajito que venía desde Madrid acompañado por una amante excéntrica, que nunca se quitaba el sombrero y vestía ropas multicolores. Le llamaremos Armando Primero. Mis dos maestros argentinos se llamaron Armando. Mi marido, celoso de mi admiración hacia ellos, bromeaba con su nombre y me decía por lo bajo:

–¡Menudos son los Armandos!

Se reía de ellos y de nuestra reverencia. Era un marido pragmático y realista. Yo pensaba que no me entendía. Me rebelaba. ¿Qué sabía él de marxismo y psicoanálisis?, ¿qué sabía él de nada?

Decía:

–Estos Armandos lo que quieren es acostarse con todas vosotras. ¡Vaya chollo! –repetía–, y seréis tan bobas que se lo permitiréis.

Aunque, en realidad, lo que él decía exactamente era:

–Esos viejos verdes solo quieren follar con vosotras.

Yo no quería que nadie le oyera decir esas cosas tan soeces.

–No digas eso –le suplicaba. Pero él no se daba cuenta de lo serio e importante que para mí era esta protesta.

Tal vez debido a su propia opinión sobre los Armandos, mi marido me recogía siempre al terminar las reuniones de grupo para llevarme directamente a nuestra preciosa casa. Los demás se quedaban juntos, salían de copas, bailaban en el bar de alterne donde trabajaba el Señor Oscuro, mientras yo me iba con él en el Renault 12 de su padre, mucho antes de comprarnos nuestro Citroën dos caballos amarillo.

Al desván que quedaba sobre el techo del horno le llamaban alcabor, y era una habitación amplia y cálida. Tenía un par de ventanas en la zona que daba a la calle, el resto siempre estaba en penumbra. Subía a menudo hasta allí, atraída por los manejos de mi prima. Tenía seis años más que yo, y era preciosa. A mi prima le gustaba tocarme los genitales con una pajita. Me excitaba, y aquella excitación se quedaba dando vueltas por mi cuerpo, se posaba en las articulaciones del cuello, en los codos y en las rodillas, y no se alejaba de mí. Yo quería que se marchase como fuera, y giraba mi cuello en todas direcciones, corría y saltaba, sin conseguir apenas desprenderme de ella.

En el colegio les pedía a mis compañeras que me golpearan en la nuca, fuerte, insistía, para ver si la excitación abandonaba mi cuerpo de una vez por todas, pero todavía no he logrado que desaparezca.

Me moría de aburrimiento. Los Armandos Primero y Segundo solo tenían cuarenta y pocos años, pero ya eran

unos viejos para nosotros; y unos pervertidos también, en opinión de mi marido.

El marxismo y Rosa Luxemburgo nos enseñaban teóricamente cómo tenía que hacerse la revolución, pero, entre líneas, yo iba comprendiendo poco a poco en qué consistía ser una auténtica revolucionaria.

He aquí algunos de mis primeros descubrimientos:

1. Una revolucionaria no puede llevar abrigos Loden, vestir camisas Lacoste, ni calzar zapatos castellanos.

2. Una revolucionaria no puede tener una pareja estable, ni mucho menos cerrada.

3. Una revolucionaria no puede tener propiedad privada.

4. Una revolucionaria no puede decir NUNCA que NO a sus amigos.

5. Una revolucionaria practica el sexo libremente, sin complejos.

6. Una revolucionaria bebe pésimo vino tinto y come cascaruja.

Yo deseaba ardientemente ser revolucionaria, pero me costaba mucho esfuerzo cumplir estos y otros preceptos semejantes.

Un día, en el patio de mi colegio de monjas, me golpeé con una piedra detrás de la cabeza y me desmayé. Mis amigas me habían alzado hasta una rama horizontal de un enorme eucalipto, sobre la que colocábamos las manos y nos dejábamos columpiar por el impulso que las compañeras ejercían sobre nuestra espalda. Pero mis manos resbalaron de la rama aquel día, caí hacia atrás y me golpeé contra una piedra.

Durante el tiempo que estuve inconsciente creo que vi a san Pedro. Estaba en las puertas del cielo y le pedí que me dejase entrar en él, pero san Pedro me sonrió con infinita bondad y me dijo: